

Quiero ser catedrático

Paco Ariza

Siendo niño, al llegar por primera vez a la escuela, tuve claro que sería catedrático. Al salir del colegio las madres exclamaban ¡qué niño tan guapo!, ¿y tú que vas a ser? y yo respondía rotundo ¡catedrático!, otros respondían bomberos, policías y ladrones.

En el barrio me apodaron “Josete el catedrático” y con esta aureola llegué desde las quinientas viviendas al instituto de Secundaria, allí las cosas se complicaron los suspensos superaban con creces a los aprobados los maestros me aconsejaron ir a compensatoria y a garantía social tras estos refuerzos superé con éxito y con mucho esfuerzo personal la secundaria y el bachillerato. En los veranos seguía con las clases particulares para mantener el ritmo de esfuerzo y de exigencia personal.

La universidad multiplicó las dificultades aunque gracias a las competiciones deportivas, a la asistencia a los actos de nuevas generaciones y a la insistencia económica de la familia que ablandó algunos profesores, apiadó compañeros y favoreció la magnanimidad del catedrático de turno conseguimos el título. Siempre tuve claro que había sido un título colectivo ya que el esfuerzo no solamente fue personal sino de muchos y sobre todo de la familia. Con esta brillante preparación la meta se acercaba, la LOCE me abrió el mundo al crear el Cuerpo de catedráticos, la primera promoción sería para mí y por supuesto el número uno.

Me matriculé en cursos de postgrado, compré bibliografía, realicé masters, reactualicé la bibliografía, a través de la red busqué en universidades americanas. Dedicaba todo mi esfuerzo, toda mi capacidad, y en definitiva toda mi vida, a mi única razón de ser: la de catedrático. Esperando la convocatoria surgió el dichoso chapapote el Gobierno entró en crisis y la convocatoria se retrasó. El chapapote estaba a punto de laminar al Gobierno después de la brillante gestión del hundimiento del barco. Mi razón de ser cambió me marché voluntario a recoger el chapapote.